

Rafael Nadal

High Church, Happy Church

La High Church está desconcertada. La Alta Iglesia de los cardenales y de la curia romana estaba perpleja desde aquel sorprendente *buona sera* del papa Francisco. Ahora, seguramente se ha acabado de poner en alerta con la creación del gobierno paralelo de ocho cardenales, que ayudará al Papa a dirigir la Iglesia y a reformar la curia romana; una señal muy evidente, en línea con la colegialidad reclamada en las sesiones preparatorias del cónclave.

Leyendo la crónica vaticana de Arturo San Agustín, *De Benedicto a Francisco* (Fragmenta Editorial), ya se intuía que este Papa no tardaría en pasar de los gestos a los hechos. Empezó a hablar mucho antes de abrir la boca, en cuanto salió al balcón y se mostró al mundo con la mirada asustada y la sonrisa tímida. Envió mensajes precisos escogiendo el nombre de Francisco; rehusando la muceta y los ornamentos; vistiendo la sotana blanca con la cruz pectoral de plata, la misma que usaba en Buenos Aires. Y sobre todo, con aquella inclinación humilde hacia la plaza de San Pedro, para pedir al pueblo fiel que rogara por él, el nuevo Papa.

Desde aquel día los gestos han ido llegando sin interrupción: la renuncia a las habitaciones papales; el desplazamiento en el microbús de los cardenales; el regreso a la Casa del Clero a pagar la factura; el autógrafo en el yeso de una pierna rota; la orden fulminante de alejarse de Santa María la Mayor dada al cardenal Law, acusado de encubrir casos de pederastia; la ceremonia del Jueves Santo en una prisión de jóvenes; la selección de un franciscano para el primer nombramiento. En poco más de un mes, el nuevo estilo papal ha puesto nerviosos a los servicios de seguridad, la burocracia, la curia, algunos cardenales y los sectores más reaccionarios de la Iglesia.

¿Y en realidad, qué hay de verdaderamente nuevo en sus primeras actuaciones? Benedicto XVI ya firmaba como obispo de Roma. Juan Pablo II también calzaba zapatos negros. Y creo que también fue el Papa polaco el primero que se reunió con todos los periodistas. Los gestos, uno a uno, no son nuevos. La novedad está en el momento, el lugar y la manera de hacerlos. La ruptura está en la voluntad de dotarlos de sentido y de convertirlos en un mensaje potente: un conjunto de avisos para iniciar un proceso de transformación que acabe cobrando vida propia.

Tampoco hay que confundir la sorpresa con la improvisación. Un cardenal que hace ocho años ya estuvo a punto de ser

elegido Papa no improvisa. Ni siquiera en aquellas primeras horas, sólo aparentemente poco calculadas. Ha tenido ocho años para pensar qué habría hecho si no hubiera renunciado a la mitra. Y un extraordinario campo de entrenamiento en aquel Buenos Aires del *corralito* donde le descubrió Arturo San Agustín. La descripción del *Te Deum* de la catedral de Buenos Aires es memorable: “También allí,



—¿Santidad, no estaremos quemando el mensaje antes de tiempo?

—Tranquilo. Eso sólo es el comienzo —dicen que le tranquilizó, con una de aquellas sonrisas aparentemente inocentes, pero que también podrían resultar muy exigentes.

La High Church de los palacios vaticanos y los edificios extraterritoriales de Roma está desconcertada, perpleja o asustada. Y también lo está la Happy Church, la Iglesia Feliz, que es como llaman a este mismo grupo de cardenales y representantes de la curia los sectores más jóvenes de la Iglesia. Así nos lo explicó el antiguo rector de una universidad pontificia de Roma comiendo unos espléndidos *carciofi alla romana* en un restaurante, junto a la Piazza Navona, en compañía de Arturo y del subsecretario del dicasterio de los laicos. Y el antiguo rector sabe de qué habla, pues predica en círculos muy escogidos algunos de los sermones más célebres de Roma.

No sé si este Papa acabará domando a la curia, ni si renovará la espiritualidad de la Iglesia universal o si hará llegar el mensaje de Jesús al último rincón del planeta. Pero ha abierto camino. “Y si su aparición no ha sido triunfal sino torpe y rígida —nadie pone los adjetivos exactos como Arturo—, ese gesto suyo, esa inclinación del cuerpo hacia la plaza, hacia quienes ya han comenzado a rezar por él, puede indicar o simbolizar que su papado será otra cosa”. En sólo un mes ha conseguido que confiemos en la regeneración vaticana. Sólo con los gestos aparentemente improvisados, pero ejecutados con precisión. Sólo con liderazgo, impulso político y comunicación gestual. El papa Francisco se ha revelado como un grandísimo político. Justo lo que aquí nos haría falta.

Claro está que a fin de que este Papa tenga las manos más libres de la historia de la Iglesia, primero otro Papa ha tenido que arriesgarse al juicio equívoco de la historia e imponerse voluntariamente la pena durísima de la soledad más estricta. Quiero decir que para tener un papa Francisco en la política catalana, española o europea, primero tendríamos que tener un papa Benedicto XVI. Y tampoco es el caso.●

en primera fila, en la catedral, estaba el llamado Hombre Mediocre, aquel presidente Eduardo Duhalde que tenía hechuras de actor secundario de una película de Coppola con padrinos y ahijados. Tremenda la cara que se le iba poniendo al mandatario argentino, al de la banda y la vara de mandar y a su mujer, la Chiche, a medida que el cardenal Jorge Mario Bergoglio les iba dando con un trozo del Evangelio según san Lucas”.

De manera que este Papa “no da puntuada sin hilo” ni improvisa y lo dejó claro al cardenal que se le acercó algo inquieto, uno de los primeros días en el comedor de Santa Marta.

Pilar Rahola



La masa

Con retraso, aterrizo en la imagen del año: Isabel Pantoja tirada en el interior de su coche, aturdida, medio desvestida y con la ropa interior al aire. Las televisiones han emitido con alegre celeridad la secuencia entera, y la bajada a los infiernos de la tonadillera se ha convertido en un manjar que ha devorado la masa con fruición. Sabemos, desde Platón, que cuando una multitud ejerce la autoridad, es más cruel que un tirano, y no me resisto a citar a Nietzsche, el gran filósofo de la tribu: “El individuo ha luchado siempre para no ser absorbido por la tribu. Si lo intenta estará solo, y a veces asustado. Pero ningún precio es demasiado alto por el privilegio de ser uno mismo”. Y fue tribu desatada, embrutecida, convertida en masa informe de cuerpos sin cabeza, la que se abalanzó sobre la cantante, no se sabe si para asfixiarla a besos o a trompazos. Tanto da si eran fans desatados o la desatada furia de los detractores, lo cierto es que allí no había cerebros con cuerpo, sino cuerpos descerebrados. Y por supuesto estaban las cámaras para no perderse detalle y repetírnos hasta la saciedad la morbosa imagen del dios caído, la insostenible levedad del ser humano, en un momento de extrema debilidad. Todo grabado, preciso y sucio.

Me dirán que era la Pantoja, Marbella, el folklore, la prensa rosa y el bla,

La bajada a los infiernos de la tonadillera se ha convertido en un manjar que ha devorado la masa

bla de un tipo de noticia que habita en el submundo de la información, allí donde los instintos básicos tienen menos complejos.

Pero no compro la excusa. Primero porque esas imágenes no han sido carne del colorín, sino carnaza de todos, unos a lo alegre chupipandi y los otros con cara de máster de periodismo. Segundo, porque no se trataba de la viuda de España, tonadillera y etcétera. Se trataba de una persona con mucha proyección pública, acabada de sentenciar y que fue literalmente avasallada a las puertas de un juzgado. ¿Algo así es imaginable en un país mínimamente serio? ¿Y si llega a pasar algo realmente grave? Aunque grave ya ha sido, porque si bien es cierto que no ha habido sangre —no me imagino cómo salivarían algunos—, sí ha habido una escena de masa descontrolada que ha acabado con la humillación pública de una persona, sin ninguna posibilidad de defensa. ¿Dónde estaba la policía? ¿Por qué no se previó lo que podía pasar, a tenor del masivo interés que despertaba la sentencia? ¿No tiene ninguna culpa el juzgado? Sinceramente, me he sentido abochornada, asqueada, embrutecida por esas imágenes tribales que no dicen nada bueno del periodismo, pero dicen mucho y malo de la sociedad. Y desde luego, la idea de que esto pueda pasar a las puertas de un juzgado también dice mucho y malo de la protección a los ciudadanos. Sea como fuere, lo que hemos visto profusamente no es la ropa interior de Isabel Pantoja. Hemos visto la ropa interior de nuestra alma morbosa disfrutando indecentemente con el dolor ajeno. Asco.●

Joan-Pere Viladecans

Cosas de futbolistas

Cómo escupen los futbolistas! ¿Qué maravilla! Algunos son finos estilistas en el lanzamiento del lapo, otros se gustan, y los más expectoran de una manera indiferente, estrictamente funcional. El salivazo futbolero aún no tiene bibliografía. No se sabe ni cuándo empezó ni de dónde viene. Por mucho que se hurgue en reseñas, crónicas y literatura futbolística, que la hay a mansalva, no se encuentra ninguna mención a tan habitual rutina. Ni a tan admirable arte efímero. Ni tan sólo se dignan a incluir el escupitajo en la repetición de las mejores jugadas. Ni en el *avant match* ni en el *post match*. Otro vacío informativo. La estética de la baba proyectada tiene su aquel ¿Y qué me dicen de las texturas?

Hay expectoraciones densas, opacas, transparentes... Algunas dejan estela, otras se apelmazan y se emparentan con el moco común. Se han escrito tesis doctorales sobre temas menores. Urge una valoración de estilos. Un registro de salivazos. Un juicio crítico ¿Escupen igual los de Primera que los de Segunda? ¿Y los de la regional? ¿Quién fue el precursor? Posiblemente como la mayoría de actos simples que han marcado a la humanidad, todo empezó por un casual: una figura balompédica jugaría resfriado y aligeró sus bronquios en el césped. Marcó estilo y tendencia. A fin de cuentas, Kandinski inventó la abstracción cuando un día vio un cuadro del revés. Unamuno profundizó en el sentido trágico de la vida después de que, ya de adulto, lo operaran de fimosis. ¿Y no es cierto que la mortadela la inventó un charcutero invi-

dente? Felices casualidades. Está claro que la predisposición para jugar a fútbol se detecta precozmente, con lo cual estos padres forofos de sus hijos futbolistas deberían, ya, enseñarles a escupir con estilo. ¿Hay en la Masia alguna asignatura al respecto? No por nada, pero los porteros excretan menos, ¿será porque son más hipocóndricos que los centrocampistas y temen lanzarse sobre una hierba sembrada de virus y bacterias? Sobre todo en época de gripe. En tiempos no añorados había, en los sitios públicos, letreros con la leyenda: “Se prohíbe escupir en el suelo”. Por suerte hemos superado estas recomendaciones añejas, si estuvieran vigentes en los estadios, nos quedaríamos sin Liga, Mundial, Champions... Para algunos descreídos sería mano de santo ¡No, por Dios! ¡Sólo faltaría que ahora nos tocaran el fútbol!●